

# APUNTES

SOBRE EL ESTABLECIMIENTO DE UNA CASA DE EDUCACIÓN CORRECCIONAL DE JÓVENES

EN MADRID EN 1861

Leídos en la sesión del 11 de Febrero de 1880

FOR EL EXCMO. SR. MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMILLO

Una de las cuestiones que más han preocupado siempre á los hombres pensadores que se dedican al estudio de la ciencia penitenciaria, es la situación de los muchachos que, sin haber delinquido para ser penados por la justicia, ya por su vida disipada, ya por el poco respeto á sus padres, tutores y maestros, han comenzado á subir, sin apercibirse, la escalera del crimen.

Esta clase es más digna de tenerse en cuenta, porque si es hoy un problema aterrador ver la ineficacia de las penas para evitar la reincidencia, cuanto más se evite que tomen el camino del crimen, mayor número de adeptos se robará á ese contingente que la estadística de los diferentes países viene á probar que, una vez iniciados en los secretos de la criminalidad, tarde ó nunca vuelven á la senda de la virtud.

Este problema es tanto más difícil de resolver, cuanto que la legislación vigente no ayuda ciertamente á la autoridad á llenar ese vacío que se advierte en la vida de la familia.

Hace poco tiempo en Francia se preocupaban también de esta gran dificultad. Al leer un trabajo en que Mr. Othenin d'Haussonville<sup>1</sup> examina, no solamente los sitios en que se

<sup>1</sup> *Revista de ambos mundos* del 15 de Enero de 1879, titulado *La infancia en París*.

reúnen esos desgraciados seres que en todas las capitales forman el contingente en que recluta el crimen sus adeptos, y en que el autor lleva sus investigaciones, aun después de condenados por la justicia á las diferentes prisiones y depósitos en que sufren su pena ó corrección, me recordaba el verdadero abandono en que se halla este asunto entre nosotros.

Es más que probable que el estudio y resolución de este grave problema se someta con especialidad á los grandes Congresos penitenciarios que hoy con justicia ven con especial preferencia los hombres de ley.

En España, en donde ciertamente se ha descuidado por mucho tiempo la reforma penitenciaria, séase porque el estado siempre precario de nuestro Tesoro impide consagrar grandes sumas, necesarias para esta clase de reformas, ó por esperar la última palabra de la ciencia en estos asuntos, es lo cierto que hasta 1858 no se pensó seriamente en la reforma de nuestras prisiones, y que si se exceptúa una pequeña cárcel en Victoria, seguían los presos y presidiarios encerrados malamente en antiguos conventos ó en vetustos edificios, que carecían por completo, no sólo de las circunstancias especiales que reclama la ciencia penal moderna, sino hasta de las higiénicas y de seguridad indispensables en todo tiempo.

Pues bien: en aquella época que se ideó y comenzaron los planos para una cárcel de detención en Madrid, que se llegó hasta comprar el terreno para su edificación, cárcel que ahora en otro punto se está llevando á cabo quizás en condiciones higiénicas poco estudiadas, se preocupó también la Administración de buscar el medio de resolver el problema de los jóvenes que, sin haber delinquido, eran impotentes sus padres ó tutores para desviarlos de la senda de disipación y desobediencia por ellos emprendida.

La necesidad era tan apremiante, que apenas habrá una sola persona que haya mandado en provincias, que no lo haya advertido á cada paso.

De mí sé decir que desde el primer día comprendí la necesidad de remediarlo, y á ello se dirigieron mis trabajos, que, no

por estar erizados de contrariedades, hicieron que cesase en mi empeño, hasta que un verdadero obstáculo, para mí insuperable, echó por tierra cuanto con gran pena y trabajo había logrado realizar.

En mi infancia había oído más de una vez hablar, pero siempre en son de represión y como poderoso motivo para que fueran prontamente obedecidas las órdenes paternas, de una institución que por entonces había en Sevilla llamada los *Torillos*.

No habrá ciertamente una persona de mi tiempo que no recuerde aquella amenaza terrible de « este niño habrá que llevarlo á los *Toribios*. »

No entra en mi propósito reseñar lo que fué aquel establecimiento, mitad de corrección y caridad, debido á la iniciativa particular, y que me consta está siendo objeto de un notable trabajo de uno de nuestros laboriosos compañeros; pero es la verdad que aquella institución venía en parte á llenar esa necesidad que siente la sociedad moderna, lo mismo que la antigua, y que hoy preocupa á los franceses como complemento de un sistema penal, y que viene á servir de acicate á mi propósito de dar cuenta á la Academia de una reforma por mí ideada cuando fui Gobernador de Madrid, y de la cual sólo ha quedado una ligera indicación, hecha por el Sr. Lastres, celoso iniciador más tarde de la no realizada tampoco prisión de jóvenes detenidos.

Parece que una mala sombra hace ineficaces todos los buenos deseos y trabajos de esta importante y necesaria institución en nuestra sociedad.

Hace muchos años, cuando era yo Gobernador de Madrid, preocupado con la gran cantidad de muchachos que eran constantemente detenidos por los agentes de la Autoridad, y otras veces por las infinitas reclamaciones de padres y tutores que no tenían el medio de corregir á sus hijos y pupilos, pensé en llenar esta necesidad, á mi juicio, apremiante.

Había á la sazón una casa de propiedad del Estado en la calle de Toledo, frente al Matadero, conocida por el nombre

de la casa de Pabellones, que estaba por cierto abandonada, y propuse al entonces Ministro de la Gobernación, Sr. Posada Herrera, la creación de un establecimiento semejante á otro que el Municipio de Barcelona había creado á sus expensas.

Aceptada con entusiasmo la idea por el Sr. Posada Herrera, como lo había sido la edificación de una cárcel en Madrid, con las verdaderas condiciones que la ciencia aconseja, como he indicado anteriormente, se me autorizó también para llevar á cabo este nuevo pensamiento.

Mi primera preocupación fué cuál había de ser el régimen de aquella casa de educación correccional.

La índole del establecimiento, en que había que responder sobre todo á dos necesidades apremiantes, cuales eran las reclamaciones de los padres y tutores, sin autoridad para contener á sus hijos y pupilos, y por otra esa pléyada de chicos más ó menos abandonados por sus familias, que vienen bien pronto á convertirse en verdaderos criminales, marcaban una división absoluta entre los unos y los otros detenidos

Por otra parte, las condiciones del local, que no eran las de un edificio hecho exclusivamente para el objeto, reducían mi pensamiento ó pretensiones más modestas.

Sin embargo, la circunstancia de que los que hubieran de recogerse en el establecimiento á excitación de sus padres ó tutores, no habrían de serlo de una manera enteramente gratuita, daba cierta libertad de acción para ensayar con ellos los saludables sistemas que para esta clase de jóvenes se aplicaban en las prisiones de otros países, como, por ejemplo, en Francia y Bélgica.

En efecto: era mi pensamiento que, como la detención no debería nunca pasar de seis meses á lo más, podía impunemente aplicarse á esta clase de detenidos el régimen celular, recibiendo, como aquellos á que antes me he referido, la educación moral y religiosa, así como la instrucción elemental, si no la tenían, dentro de la celda, sistema que había de completarse con la gimnasia, que, además de desarrollar el cuerpo, serviría de distracción al detenido. Tenía también el pensamiento de que se agregase á todo ello la enseñanza de un

oficio que hiciera nacer en ellos la idea del trabajo y de la obediencia á los maestros, á quienes habría de aprovechar lo por ellos confeccionado.

Una separación completa entre los detenidos, y la sola admisión de sus familias en los locutorios, destinados al efecto y como premio á su buen comportamiento, completaban, por decirlo así, el régimen de esta clase de detenidos.

La otra clase, compuesta de los vagabundos y reincidentes, así como de los pendientes de actuaciones judiciales, había de estar dividida, no sólo según las edades, sino con relación al crimen ó falta cometida.

La circunstancia de la estrechez del local en que se iba á hacer el ensayo, no permitió por entonces para esta clase de detenidos más, sino que el aislamiento fuese durante la noche y el trabajo y la escuela en común, procurando sostener entre ellos el silencio, á fin de evitar una propaganda siempre peligrosa.

Hiciéronse las obras por cuenta del Estado, gastándose en la organización de aquel establecimiento *setenta y tres mil ciento cincuenta y un reales diez céntimos*, cantidad verdaderamente exigua, si se atiende á lo mucho que se hizo con tan poco dinero, debido, sin duda, á la inteligente y honrada dirección del Arquitecto de la provincia D. Bruno Fernández de los Eonteros.

Mientras que las obras se hacían, se procuró verter en un reglamento bien estudiado la realización de aquella idea, que, una vez llevada á cabo y vistos sus resultados, podría extenderse á todas las grandes poblaciones, viniendo á llenar el inmenso vacío que hoy se siente, no sólo en España, sino en Francia, según se desprende del trabajo de Mr. Othenin d' Haussonville, de que antes me he ocupado.

Tocaban ya las obras á su término, cuando llegó á noticia del entonces Ministro Sr. Posada Herrera que la Sección de Gobernación del Consejo de Estado, que aprobaba por completo el pensamiento, encontraba una gran dificultad en dar su aprobación al reglamento que lo desenvolvía, pues creía ver en él

la aplicación de una pena para la cual no había derecho por las autoridades gubernativas.

Vanos fueron los esfuerzos hechos para que comprendieran aquellos celosos funcionarios que lo que en el reglamento se regularizaba se hacía en algunas capitales de provincia, sin oposición ciertamente de la autoridad judicial. Hízoseles ver la tremenda responsabilidad que sobre ellos caería de que no se llevara á cabo una reforma tan reclamada por la opinión, y que para realizarla se había ya gastado una suma, si no considerable, importante, y que, terminadas por completo las obras, iba á tener inmediata realización.

Todo fué inútil, cuando terminadas las obras, preparados los dormitorios, talleres y escuelas hábilmente combinados, y por primera vez hechas las celdas en todas las condiciones que la ciencia reclama, tuvimos que pasar los iniciadores de aquella idea, con la mayor pena, por ver convertida la casa de educación correccional en un cuartel de Guardia civil, so pretexto de que las autoridades gubernativas no tenían facultad para imponer aquella detención, que se está realizando en Barcelona y en Madrid mismo, llevándose á cabo en establecimientos cuyo origen es bien diverso, tales como el Hospicio y San Bernardino.

Quizás la circunstancia de haber yo entonces salido del Gobierno de provincia, contribuyó á que no se buscara, dentro del adagio vulgar de «quien ha hecho la ley, ha hecho la trampa,» el medio de que se llevase á cabo aquella idea.

Desde entonces ha quedado en el olvido el pensamiento, si se exceptúa un ensayo, aunque no por completo, con el mismo objeto, con el nombre de cárcel correccional de jóvenes, que la iniciativa particular no ha podido tampoco, por cierto, llevar á término feliz.

Cuando leía las páginas de la *Beisfa de ambos mmtos* sobre este asunto, cuando veía que una municipalidad como la de Versalles ha llevado acabo este pensamiento, y que M. d' Haussonville fundó las reformas que aconseja para París en los mismos principios en que hace diezinueve años proponía yo la

fundación de aquel establecimiento en Madrid, la Academia debe comprender con cuánta pena veo que no se haya realizado en España este útil propósito, que tantos adeptos habría arrebatado al crimen, y no extrañará que, trazando á la ligera estas líneas, haya querido llamar su atención sobre tan ventajoso y necesario proyecto, eme por una mala interpretación legal ha privado á España de ser la iniciadora, en este ramo, de la reforma penitenciaria.— EL MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO.